

LIBRO CUADRAGÉSIMOPRIMERO

EL EJÉRCITO DE METZ

(EXTRACTO DE LA OBRA DE M. DE LA GORCE)

- SUMARIO: I.—Primeras noticias de las derrotas: la noche del 6 al 7 de agosto: París durante el día 7 de agosto.
- II.—Metz: resoluciones contradictorias: en medio de qué ansiedades transcurren los días 7 y 8 de agosto: el mando supremo: el emperador, Leboeuf, Bazaine.—Concentración del ejército delante de Metz y en el Nied francés.
- III.—La situación interior: llegada de los diputados á París: sus disposiciones: primeros proyectos de cambio ministerial: negociaciones con la emperatriz (8 de agosto).—La sesión del 9 de agosto: declaración de Emilio Ollivier.—Varias proposiciones: el Sr. Latour du Moulin; Julio Favre, el barón Jerónimo David.—Caída del gabinete Ollivier.—El nuevo ministerio: elementos que representa y cuál es su significación.
- IV.—El ejército alemán después de las batallas del 6 de agosto: cómo sus diferentes cuerpos avanzan más allá del Sarre y se diseminan por Lorena.—Exploraciones y reconocimientos con objeto de descubrir los proyectos del ejército francés.
- V.—El ejército francés: abandono de la línea del Nied francés (11 de agosto) y repliegamiento general hacia Metz.—A pesar de esta retirada, no parece todavía definitivamente acordado el proyecto, ya debatido el 7, de pasar el Mosela y retroceder sobre Verdún y Chalóns.—Crisis del mando en jefe: dimisión del jefe del Estado mayor general: cómo es llamado Bazaine al mando en jefe del ejército del Rhin (12 de agosto).—Cómo parece resuelto, aunque no sin ciertas vacilaciones, el proyecto de retirada al otro lado del Mosela.
- VI.—Estado de cosas alrededor de Metz á partir del 12 de agosto: cómo todo el interés de la lucha se resume en un doble esfuerzo: esfuerzo del enemigo para envolver nuestras posiciones y aislarnos de la patria: esfuerzos de los franceses para escapar del cerco.—Errores generales y negligencias de detalle que parecen comprometer, por nuestra parte, esta gran operación: el mariscal Bazaine: en qué se muestra desigual en la realización de su tarea.—Composición del Estado mayor.—Rotura de los puentes aguas arriba de Metz: elección de los puntos de paso del Seille y del Mosela para nuestro ejército en retirada: por qué caminos podrán retirarse nuestras columnas y cuáles son las órdenes que sobre el particular da el comandante en jefe.—Orden de marcha para el 14 de agosto: comienzo de obstrucción: espíritu y disposiciones del ejército: partida del emperador.—El 2.º cuerpo; el 6.º cuerpo; la Guardia; el 4.º cuerpo.—Cómo es interrumpido de pronto el movimiento por un ataque del enemigo en la orilla derecha del Mosela.
- VII.—BATALLA DE BORNÝ.—Los últimos cuerpos franceses que se han quedado al Este de Metz; iniciativa del general Goltz; ataque por el lado de Colombey.—Cómo hubiera podido ser la batalla evitada ó empeñada con energía: cómo no se siguió ni una ni otra conducta.—Combates trabados por el 3.º cuerpo en las inmediaciones de Colombey y en el borde de la meseta de Borný.—Combates sostenidos en las inmediaciones de Mey por las tropas del 4.º cuerpo.—Cómo se prolonga la lucha, aun en medio de las tinieblas, y no cesa sino poco á poco.—Cómo una y otra parte se atribuyen la victoria.
- VIII.—Al día siguiente de la batalla de Borný.—Todo el ejército acaba de pasar á la orilla izquierda del Mosela.—Por cuáles lugares avanzaría el ejército en retirada.—Marcha del 15 de agosto: las divisiones de caballería.—El 2.º cuerpo.—El 6.º cuerpo.—La Guardia.—El 3.º y el 4.º cuerpos: perplejidad y obstrucción á la salida de Metz.—Movimientos de las tropas prusianas: á qué sitio las conduce la etapa del 15 de agosto.—Ligero encuentro entre la brigada de Redern y la caballería francesa.—Fin de la jornada del 15 de agosto: el emperador: Bazaine.
- IX.—El 16 de agosto: partida del emperador: Bazaine: informes varios que recibe: cómo, después de haber ordenado la marcha para las cuatro de la madrugada, se decide á suspenderla hasta la tarde.
- X.—BATALLA DE REZONVILLE (16 de agosto).—La caballería alemana: ataque repentino; sorpresa y comienzo de pánico. Cómo el 2.º cuerpo toma las armas y rechaza la primera tentativa enemiga.—Desenvolvimiento de la batalla: Alvensleben y el III.º cuerpo: éxito mediano de sus primeros esfuerzos: cómo los franceses habrían podido aprovecharse de su pasajera superioridad numérica.—Cómo el III.º cuerpo se completa y se aumenta con uno de los regimientos del X.º cuerpo.—Pérdida de Vionville; pérdida de Flavigny; combates junto á la Casa Blanca.—Retirada de la mayor parte del 2.º cuerpo: carga de caballería: Rezonville amenazada: peligro de Bazaine.
- XI.—BATALLA DE REZONVILLE (continuación).—Qué grandes probabilidades de éxito conserva Bazaine.—Fuerzas francesas y fuerzas alemanas.—Canrobert y el 6.º cuerpo.—Inquietudes de Alvensleben: cómo recurre á la caballería: carga de la brigada Bredow.—Cómo Bazaine fija su atención en su izquierda y concentra en ella sus principales fuerzas.
- XII.—BATALLA DE REZONVILLE (continuación).—Ladmirault y el 4.º cuerpo: su marcha: qué influencia decisiva puede ejercer en la batalla.—Ocupación del *fond de la Cuve*, del bosque de Tronville, de la granja de Grizière.—Cómo se espera la llegada de la división Cissey.—Refuerzos alemanes: cómo se completa el X.º cuerpo.—Llegada de Cissey: el *fond de la Cuve*: destrucción casi total de la 33.ª brigada alemana.—Cuáles habrían sido nuestras probabilidades de victoria si hubiesen llegado refuerzos.—Cómo nuestra situación empeora algo: gran carga de caballería en la meseta de Ville-sur-Yron y cómo termina.—Cómo Ladmirault, que carece de órdenes y de socorros y está además privado de la división Lorencez, conduce por la noche sus tropas á la granja de Urcourt.
- XIII.—BATALLA DE REZONVILLE (continuación).—Cómo se prolonga la batalla en nuestra ala izquierda: combates sangrientos con intervalos de calma.—Última tentativa del príncipe Federico Carlos contra Rezonville y cómo fracasa.
- XIV.—En qué condiciones generales se ha librado la batalla: gran victoria casi alcanzada y que se nos escapa: las fuerzas respectivas: grandes masas de tropas que han quedado inutilizadas.—Llegada tardía de las divisiones Metman y Lorencez.—La noche: aspecto del campo de batalla: las pérdidas: espíritu y disposiciones morales del ejército.—Cómo Bazaine da orden de retroceder.

- XV.—La marcha retrógrada.—Los alemanes: sus inquietudes: cómo se tranquilizan viendo que nuestras líneas se desgarnecen: sus disposiciones: cómo envían á buscar todos sus cuerpos de ejército: lo que conocen y lo que ignoran de nuestras posiciones: plan de Moltke.—La noche del 17 de agosto.
- XVI.—Las posiciones francesas desde Rozerieulles hasta más allá de Saint-Privat.—Fuerza y debilidad de estas posiciones.—Los alemanes: su marcha en la madrugada del 18 de agosto.—Avisos que entre los nuestros recogen los comandantes de cuerpo: Bazaine; seguridad en que, al parecer, se duerme.—Medidas de vigilancia insuficientes ó casi nulas.—Cómo empieza la batalla.
- XVII.—BATALLA DE SAINT-PRIVAT.—Cómo Manstein, jefe del IX.º cuerpo, precipita el ataque.—Temeridad de este ataque prematuro, fracaso de los alemanes: situación crítica de su artillería: cómo una iniciativa atrevida habría podido aprovecharse de esta pasajera inferioridad del enemigo.—Los alemanes reciben refuerzos: cómo en su derecha se apodera de la granja de Champenois y en su izquierda avanzan en el bosque de la Cusse.—Cómo las probabilidades al principio favorables y luego indecisas comienzan á eso de las cinco á sernos contrarias.
- XVIII.—BATALLA DE SAINT-PRIVAT (continuación).—El combate en la izquierda francesa.—Steinmetz y el I.º ejército.—Cómo Moltke se dedica á retardar y á moderar la acción por este lado.—Primer ataque del enemigo y cómo fracasa.—Nuevo esfuerzo: toma de la granja Saint-Hubert, pero vigorosa resistencia en toda la línea francesa.—Ardor de Steinmetz; cómo se persuade de que los cuerpos de Frossard y de Leboeuf han agotado sus fuerzas: nueva tentativa y cómo fracasa.
- XIX.—BATALLA DE SAINT-PRIVAT (continuación).—Canrobert y el 6.º cuerpo: cómo, dentro de las combinaciones de Moltke, la victoria se decidirá por la derrota de la derecha francesa.—El XII.º cuerpo (cuerpo sajón); la guardia real prusiana.—Defensa valerosa y toma de Sainte-Marie-aux-Chênes.—Cómo los sajones y la guardia combinan sus esfuerzos para un ataque decisivo.—Canrobert: inferioridad numérica é insuficiencia de sus recursos.—Peticiones que dirige á Bazaine y cómo son acogidas.—Marcha de los sajones.—Gran ataque de la guardia real prusiana: la 4.ª brigada: la 3.ª brigada: la división De Pape.—Combates memorables y pérdidas terribles.—Canrobert: mezcla de esperanza y de ansiedad; cómo se agotan sus fuerzas: la guardia imperial: qué socorro podría proporcionar.—Heróismo de Canrobert y de sus soldados: últimos esfuerzos: ataque y toma de Saint-Privat.
- XX.—Retirada del 6.º cuerpo.—Cómo la suerte del 4.º cuerpo va enlazada con la del 6.º: la división Cissey: sus últimos combates: su retirada: cómo retrocede el resto del 4.º cuerpo.
- XXI.—El rey Guillermo: ataque de Steinmetz, intentado á la caída de la noche con desgraciado éxito, que despierta en él las mayores inquietudes: cómo los mensajes de victoria no llegan á él hasta tarde y poco á poco.—Bazaine en Plappeville: su lenguaje tranquilizador: impasibilidad con que acoge la noticia de su derrota.—La noche del 18 al 19.—Retirada de todo el ejército francés: sus nuevas posiciones.—Mensaje de Bazaine al emperador.—Nuevas disposiciones de Moltke; el ejército del Mosa y el príncipe Federico Carlos.—El sitio.
- XXII.—Cómo con las tres batallas del 14, del 16 y del 18 de agosto termina una de las fases de la guerra.—Grandiosidad trágica de la lucha.—Coyunturas favorables que se han descuidado ó perdido.—Bazaine.—Dolor que provoca en Alemania la magnitud de las pérdidas: monumentos con que ambas naciones han perpetuado el recuerdo de la lucha.—Gloriosos episodios y ejemplos de valor que son para el ejército francés un lenitivo de la amargura de la derrota.

I

En París reinaba gran expectación: Sarrebruck había despertado la esperanza; Wissemburgo había provocado el dolor. El 6 de agosto, á eso del mediodía, circuló por la Bolsa el rumor de que el ejército prusiano había sido destruído; por una ironía de la suerte, en aquella misma hora Mac-Mahón cedía en su resistencia y Frossard dejaba escapar la fortuna. Apenas se propagó aquella noticia, sonaron en todas partes las estrofas de la *Marsellesa*, aparecieron banderas en la calle Vivienne y algunas tiendas de los bulevares se engalanaron; mas cuando se hubieron calmado aquellas explosiones de júbilo, la gente comenzó á pensar que el rumor merecía ser comprobado. No se había recibido ningún aviso oficial, ni había llegado despacho alguno. Algunos grupos se dirigieron á la Cancillería, cuando precisamente los ministros regresaban de Saint-Cloud, en dónde se había celebrado un largo é importante consejo. Emilio Ollivier recomendó la calma á la multitud, dijo que no se había recibido ningún mensaje y prometió que el gobierno no ocultaría nada. La decepción fué tan grande como pronta había sido la esperanza. Los más circunspectos calculaban, sin embargo, que los dos ejércitos debían estar batiéndose. El día transcurrió en medio de una agitación creciente y de una sombra de inquietud, pues las buenas nuevas no suelen retardarse. Los miembros del gabinete eran sinceros cuando mostraban su ignorancia, pues realmente nada sabían y aquella incertidumbre prolongada no era el menor de sus suplicios. A eso de las seis se reunieron nuevamente, y no pudiendo ya contener su impaciencia, decidieron que uno de ellos, Mauricio Richard, partiese inmediatamente

te para Metz. A medida que fué avanzando la noche, la impaciencia se fué exacerbando y acabó por degenerar en verdadera fiebre; en los bulevares, en las redacciones de los periódicos, en todos los sitios públicos, se esperaba el boletín decisivo que había de agravar la derrota de Wissemburgo ó repararla con la noticia de alguna victoria.

Había cerrado hacía tiempo la noche y comenzaba á reinar el silencio en la ciudad adormecida, cuando á cosa de las once recibió en el ministerio del Interior un mensaje de la emperatriz: era la comunicación de un despacho enviado desde Metz por el emperador á Saint-Cloud. Transcribo, tal como lo he encontrado entre los papeles de uno de los ministros, el texto de aquel telegrama que contenía para el gobierno y para el país la primera noticia de sus desgracias: «Estamos en plena retirada. Es preciso que nos pongamos á la altura de las circunstancias. Es menester declarar el estado de sitio y prepararse para la defensa de la capital. No tengo noticias de Mac-Mahón (1).»

Inmediatamente los ministros fueron convocados en la plaza de Beauvau, y uno tras otro comparecieron consternados por todo lo que el despacho revelaba, pero más aún por lo que acaso ocultaba todavía. Comprendiendo que la mejor opinión sería la de los militares, mandaron despertar al mariscal Baraguey d'Hilliers, comandante de la guarnición de París, y enviaron á buscar también, pues súbitamente surgía ante sus ojos la imagen de un sitio, al general Chabaud-La-Tour, comandante superior de ingenieros, y, por último, al ge-

(1) Esta última línea se explica mal porque Mac-Mahón, á las cinco ó á las seis de la tarde, había teleografiado desde Niederbronn su derrota. (Véase anteriormente, libro XL, capítulo XII.)

neral Trochu, que se había quedado en París sin destino y que, dado el trastorno causado por los acontecimientos, había de encontrar en su misma desgracia su reputación.

Apenas comenzada la discusión, supose que la emperatriz acababa de llegar á las Tullerías, y allí se trasladaron todos, ministros y militares. La soberana llevaba impresas en el semblante las señales de un abatimiento profundo; pero muy pronto su valor dominó la turbación de sus sentidos. Comenzó por interrogar á los generales, y como la perplejidad y el respeto prolongaran el silencio, Trochu tomó la palabra y habló largo rato, detallando con más verdad que delicadeza las faltas del gobierno imperial y encontrando modo de hacer desagradables aun las más acertadas consideraciones; fué elocuente como de costumbre, pero no sentó conclusión práctica alguna. «Aquel lenguaje nos molestó á todos,» ha escrito el testigo sincero é íntegro de quien tomo este relato (1). Al fin el general se calló y pudo discutirse útilmente, no el pasado, que era irremediable, sino el presente, que exigía prontos remedios. Encargóse al ministro de la Guerra que por las vías más rápidas concentrase todas las tropas movilizables; y al general Chabaud-La-Tour que cuidase de la defensa de París, poniendo á su disposición, á falta de oficiales de ingenieros militares, los ingenieros y contra maestros de puentes y calzadas. Discutióse también la urgencia de convocar las Cámaras, pero sobre este punto la solución fué aplazada; muchos se acordaban del Cuerpo legislativo de 1814 y temían las tardías emancipaciones de las asambleas durante demasiado tiempo dóciles.

Cuando los ministros se separaron, rasgaban ya el horizonte las primeras claridades de la aurora, no tardando el sol en disipar los vapores de la atmósfera y en mostrarse en un cielo radiante. Era domingo: sonaron las pequeñas campanas de los conventos; vibraron luego en el aire las campanas mayores de las parroquias y las iglesias se llenaron de fieles, más numerosos, más recogidos que de ordinario; todos rezaban por la patria, y muchos por sus propios hijos. En las inmediaciones de las alcaldías formáronse algunos grupos; no se veía allí ningún anuncio, ningún telegrama, nada más que una sombría soledad ante las cerradas verjas. Varios periódicos llegaron á los quioscos; después salió el *Officiel* que publicaba noticias ya conocidas; sin embargo, podía verse en él un lacónico despacho que sólo contenía estas palabras: «El cuerpo de Frossard ha emprendido la retirada,» noticia grave, pero incompleta todavía, y que revelaba únicamente una pequeña parte de nuestras desgracias.

A eso de las siete continuaron los ministros el interrumpido consejo. A última hora de la noche y en las primeras de la madrugada habían llegado una porción de telegramas de Metz que completaban los anteriores informes. Aquellas noticias eran espantosas: nuestros ejércitos habían sufrido, no una, sino dos grandes derrotas; Francia se abría al enemigo por dos anchas brechas. Las medidas que se adoptaron fueron las que requieren los peligros supremos: decretóse el estado de sitio y llamóse á París á la infantería de marina, á los artilleros del ejército de mar, y á los regimientos que

(1) Papeles del Sr. Plichón, ministro de Obras públicas.

había en Córcega y en las fronteras de los Pirineos. Como el armamento del país exigía el concurso financiero de las Cámaras, todas las objeciones cesaron ante el apremio de las circunstancias, y se convocó á los diputados, primero para el 11 y luego para el 9. Faltaba hacer pública la gran catástrofe, y se redactó un manifiesto sobrio, corto, digno, que terminaba con un llamamiento á la unión para la salvación común.

Eran las nueve de la mañana y la ansiedad y el afán de noticias habían lanzado á la calle á los parisienses. En aquel momento se fijaron los fatales carteles. El primer sentimiento fué de estupor: no hubo gritos, no hubo siquiera palabras, y sí únicamente un murmullo de aturdimiento y de consternación. Nadie comprendía lo ocurrido, nadie quería comprenderlo; aquella doble derrota en un solo día, aquellos dos cuerpos de ejército rechazados, aquellas provincias de Alsacia y Lorena invadidas, París sitiado tal vez mañana, todo desorientaba á las almas francesas, acostumbradas á tener por compañera fiel á la victoria. Muchos, después de haber leído la proclama oficial, se alejaban presa de un aterrado atontamiento y luego vagaban al azar, dudando entre la realidad y el ensueño y recorriendo las calles con paso inconsciente. Cuando los espíritus se hubieron hecho perfectamente cargo de las cosas, oyéronse las ordinarias declamaciones de los pueblos que prefieren acusar á la fortuna ó censurar á sus gobernantes, á sobrellevar virilmente su suerte; entonces se lanzaron las primeras invectivas contra los generales juzgados incapaces, como Leboeuf, Faily y Frossard, y elevándose la cólera hasta el emperador, circuló la palabra destitución, aunque dicha en voz muy baja, sofocada por el temor. Después varios grupos comenzaron á recorrer la ciudad pidiendo armas, mientras varios oradores arregaban á la multitud ensalzando el 92, el alistamiento general, las victorias republicanas, en suma, todo lo que había enseñado una falsa historia, todo lo que una falsa retórica había propagado. En medio de las frases brillantes y huecas habrían podido percibirse otros acentos plañideros, angustiosos: eran las preguntas de los padres, de las madres, ávidos de saber cuáles regimientos habían entrado en acción, cuántas habían sido las bajas, cuándo se conocerían los nombres de los muertos. Creíase, sin embargo, en la inminencia de una nueva batalla, y en el ocaso de aquel hermoso día de verano la gente confiaba todavía, alentando la vaga y loca esperanza de un telegrama salvador. Pero sólo llegaron algunos despachos insignificantes, que eran simples comentarios de los de la mañana. La sobreexcitación de los espíritus impedía el reposo, y hasta hora muy avanzada de la noche los paseos populares, los gritos de indignación ó de venganza, los grupos callejeros, prolongaron la emoción de aquel domingo trágico que ninguno de los contemporáneos podrá jamás olvidar.

II

En París sentíase de rechazo los efectos de la derrota: en Metz pesaba la responsabilidad de las medidas que habían de consumir la ruina ó de producir una rehabilitación, y es imposible decir las perplejidades, los temores; las angustias que reinaban en el cuartel general.

La primera idea había sido reanudar inmediatamente la ofensiva, concentrar en Saint-Avold el 3.º y 4.º cuerpos y la guardia y arrojarlos sobre el flanco del enemigo. Durante la noche preparóse en la estación de Metz un tren para conducir al soberano adonde estaban sus tropas; y ya había subido el emperador á su vagón, cuando llegaron noticias que pusieron á todos en gran confusión, pues anunciaban que la estación de Bening estaba en poder del enemigo y que se ignoraba la línea de retirada seguida por el 2.º cuerpo. Después de un corto conciliábulo celebrado en el andén, Napoleón regresó á la prefectura á las cuatro de la madrugada y el mariscal Leboeuf surgió solo á Saint-Avold, no para reanudar la lucha, sino para recoger noticias y conferenciar con los generales. Allí vió á Bazaine y á Bourbaki, y sea por el deseo de animar al príncipe, sea porque así lo sintiera sinceramente, transmitió á Metz informes menos alarmantes, telegrafando á las siete y media de la mañana del 7 al emperador: «Encuentro aquí un estado moral excelente. La retirada se efectuará en buen orden con tal que no se precipite nada (1).»

A pesar de estas previsiones, no tardó en desvanecerse la esperanza, por un momento acariciada, de un inmediato desquite, y se pensó en una retirada hacia Metz, siendo ésta la segunda resolución de aquel día. Muy pronto surgió la idea de un plan que el día antes habría parecido inaudito y que aun en aquellos momentos de angustia pareció extraordinario, y que consistía en retroceder no detrás del Mosela ni detrás del Mosa, sino hasta Chalóns. En este sentido se enviaron órdenes á Mac-Mahón, que se hallaba en Saverne; á Faily, que acababa de llegar á la Petite-Pierre, y al mismo Frossard, de quien no se tenían todavía noticias exactas. Canrobert, jefe del 6.º cuerpo, había recibido la víspera aviso de dirigir sus divisiones á Nancy; pero á consecuencia del cambio total de plan, se le ordenó que no se moviera del campo de Chalóns, en donde había organizado sus tropas, y que hiciera regresar allí los regimientos que se habían puesto ya en marcha (2). Nuestros ojos, sin embargo, no habían medido aún bastante la magnitud del desastre para que una resolución tan extrema no fuese acogida con protestas: en efecto, apenas el telégrafo trajo á París el anuncio del proyecto, el estupor se apoderó de los ministros, quienes, sin inmiscuirse en las cuestiones estratégicas, en las que el emperador era juez único, llamaron la atención sobre la impopularidad de semejante retirada. En Metz mismo no faltaron objeciones haciendo ver que aquella marcha atrás sería funesta para la moral del ejército, constituiría la consagración de la derrota y abandonaría al enemigo toda la Lorena, de la que aquél sólo ocupaba una porción mínima, y hasta una parte de la misma Champaña. El emperador vaciló, pero luego pareció ceder y de momento quedó en suspenso aquel proyecto que muy pronto había de ser considerado como el más prudente.

(1) *Revue d'histoire*, redactada en el Estado mayor general del ejército, septiembre de 1902, pág. 638. — *Enquête parlementaire sur le 4 septembre*, declaración del mariscal Leboeuf, páginas 60-61.

(2) Despachos y telegramas del jefe del Estado mayor general (*Revue d'histoire*, septiembre de 1902, págs. 649, 655, 683 y 685). — General de Faily, *Opérations et marches du 5.º corps*, página 17.

El día 7 de agosto había transcurrido en estas combinaciones. De nuevo se adoptó el pensamiento de la retirada hacia Metz: era la cuarta evolución del mando supremo. Pero ¿existía aún este mando supremo? En aquellos instantes en que la salvación dependía de la dirección, el ejército buscaba en vano el caudillo á quien poder confiarse.

Sentía el ejército por el emperador una lealtad irprochable, honrando en él al soberano, no al general; los reveses acababan de desvanecer las últimas ilusiones. Bajo la penosa impresión de la derrota, uno de los familiares del monarca, el general Lebrun, se resolvió á hacerse intérprete del pensamiento común, y aprovechando un momento en que el príncipe estaba solo, se le acercó y con el acento de su adhesión no sospechosa, le dijo: «Señor, ¿no sería urgente que el emperador fuera á encargarse nuevamente del gobierno, después de haber entregado la dirección militar á uno de sus mariscales?» Napoleón, que había escuchado aquellas palabras sin encolerizarse y aun sin mostrarse sorprendido, replicó al general: «¿Cómo queréis que después de haber salido de París al frente del ejército regrese allí solo, dejando el ejército aquí?» Lebrun se atrevió á insistir, insinuando que el emperador, sin volver á París, podría ir á Saint-Cloud, á Compiègne ó á cualquier otro sitio é instalar en él la residencia de su gobierno. Ante esta insistencia, el monarca permaneció silencioso; pero algunas horas después hizo llamar al general y le dijo: «He meditado vuestras proposiciones y cuanto más he reflexionado, más me ha parecido imposible abandonar á mis soldados (3).»

El respeto y el afecto sellaban los labios en presencia del emperador; pero en cuanto al jefe del Estado mayor general, á duras penas podía la disciplina contener las críticas. Había asegurado que todo estaba dispuesto y que llevábamos ventaja á los prusianos, y había prometido tomar inmediatamente una ofensiva vigorosa; y la magnitud de su caída se medía por la arrogancia de sus seguridades. Se le echaba en cara el hecho de estar incompletos los efectivos, de no haber llegado á tiempo las reservas, de ser el material defectuoso ó insuficiente; y como las noticias llegadas del campo de batalla denunciaban como una de las causas de las derrotas la inferioridad de nuestras baterías, todo el mundo se asombraba y se irritaba de que Leboeuf, que pertenecía al cuerpo de artillería, no hubiese previsto ni remediado estas desventajas, y recordaba, no sin amargura, todas las advertencias desatendidas. El mismo Leboeuf, abrumado por las recriminaciones y agobiado bajo el peso de sus responsabilidades, en vez de mostrarse caudillo resuelto, aparecía vacilante. En la tarde del día 8, habiéndole pedido Bazaine instrucciones, le respondió con algunas recomendaciones frívolas que no podían servirle de dirección ni de obstáculo, y luego añadió: «Sólo vos habéis de dar órdenes; haced, pues, lo que os inspiren las circunstancias.»

La abdicación, voluntaria ó no, únicamente podía ser provechosa si la autoridad iba á parar á manos de un jefe en quien se juntaran la voluntad y el genio. Ni el emperador ni Leboeuf habían de ser decididamente este jefe. ¿Lo sería Bazaine?

(3) Lebrun, *Souvenirs militaires*, págs. 281-282.